

PERFIL DEL PROFESOR PEDRO RODRÍGUEZ

Pedro Rodríguez García, Profesor Ordinario de Teología Dogmática en Facultad de Teología de la Universidad de Navarra desde 1979, nació en Cartagena (España) el 19 de julio de 1933.

Ha sido Director del Departamento de Eclesiología y Teología Sacramentaria (1983-1999), Director de Investigación (1984-87), y Decano de la Facultad de Teología desde 1992 hasta 1998. Profesor Visitante de la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Burgos (1968-72). Profesor Visitante de la Facultad de Teología de la Univ. Pont. della Santa Croce (Roma). Prelado de Honor de Su Santidad (1993). Es miembro de la «Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino», de la Asociación Internacional «Newman's Friends», del «Fellowship of Catholic Scholars» (Estados Unidos), de la «Societas Oecumenica Europea». Consultor de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, y de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales de la Conferencia Episcopal Española.

El Prof. Rodríguez hizo los estudios de Bachillerato en el Colegio «Chamberí» de los HH. Maristas de Madrid, y en el Instituto Nacional de Enseñanza Media de Cartagena. Cursó la Licenciatura y el Doctorado en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid (1950-1956). Entre los años 1956 y 1959 realizó los estudios de Licenciatura y Doctorado en Sagrada Teología en la Universidad Lateranense de Roma; es también Doctor en Derecho. Ordenado sacerdote el 10 de agosto de 1958.

En el comienzo de la década de los sesenta, y antes de su incorporación a la Universidad de Navarra, su atención intelectual se concentró en los presupuestos del progresismo cristiano, objeto de

su tesis doctoral en Teología (vid. *Planteamiento doctrinal del progresismo cristiano*, 1961), un tema que años más tarde le llevará a interesarse por el problema de la evangelización y liberación cristianas (*Progresismo y liberación*, 1975). A la vez, en este tiempo el Prof. Rodríguez se inicia en la docencia de Teología para Universitarios en la Universidad Complutense de Madrid, una actividad que atenderá con especial afecto durante toda su dedicación académica. En 1966 explica un curso especial sobre Eclesiología del Concilio Vaticano II en el Seminario diocesano de Madrid, materia ésta que tendrá desde entonces un claro protagonismo en la investigación del Prof. Rodríguez.

Durante esos años madrileños desarrolló una intensa actividad publicística, cultural, pastoral y teológica, que va resultar decisiva para su futura dedicación a la Teología. En 1963 formó parte del Comité que planteó la «Gran Enciclopedia Rialp» (GER), obra monumental de la cultura española del momento, de cuya sección de Teología Dogmática se hizo cargo. Dos años más tarde, en 1965, al comenzar el último periodo del Concilio Vaticano II, asume la dirección de la revista mensual «Palabra» en Madrid, que comienza con él su andadura como publicación dirigida al clero español, que pretendía contribuir a la recepción pastoral del Vaticano II, fomentando la renovación espiritual y apostólica que el Concilio se proponía. Dirige la revista hasta 1967, en que traslada su domicilio a Pamplona.

Sobre todo, hay que mencionar en este tiempo de Madrid un hito especial, a saber, el inicio en 1963, junto con los profesores Alfredo García Suárez y José María Casciaro, de la *Biblioteca de Teología* —una colección de libros y a la vez una institución de diálogo teológico— de cuyo Comité de Dirección formará parte con los dos profesores citados. Este proyecto determinó la trayectoria intelectual del Prof. Rodríguez.

1. LA «BIBLIOTECA DE TEOLOGÍA»

La Biblioteca, patrocinada por la Universidad de Navarra y acogida en las Ediciones Rialp, pretendía reflejar la renovación teológica que se proponía el Concilio Vaticano II, que entonces se celebraba.

Tiempo más tarde explicará el Prof. Rodríguez sobre esta empresa teológica¹: «Nuestro objetivo era las traducciones de libros importantes del exterior y originales españoles que merecieran la pena, siempre en la línea de lo serio, no del librito. He de decir que no esperábamos mucho, en aquellos momentos, de la producción española. El primer libro fue la *Confesionología*, de Konrad Algermissen, a principios de agosto de 1964... Allí inicié mi vocación ecuménica, que se prolongó con la *Historia Doctrinal del Movimiento Ecuménico*, de Gustave Thils. La tradujo un buen amigo de mi familia, Luis Alvarez del Vayo, recién regresado de su exilio en París, hermano del célebre Secretario General del Partido Comunista. De aquí arranca mi amistad con el Profesor Thils, con el que más adelante trabajaría en Lovaina. Cada libro tenía su historia: otro buen amigo, Nicolás López Martínez, el teólogo de Burgos, tradujo y prologó el excelente libro de Ghislain Lafont, *Estructuras y método en la Suma Teológica de Santo Tomás*; Raúl Gabás hizo lo propio con *El Mal*, de Ch. Journet; el P. Cándido Pozo escribió la presentación de la *Teología Fundamental* de Albert Lang (el único libro que dio dinero por sus repetidas ediciones). Daniel Ruiz Bueno, ya al final de esta etapa, terminó de traducir del alemán otro obrón, al que yo tenía especial afecto: *La unidad en la Iglesia*, y *La Simbólica*, del célebre Johann Adam Möhler. Dos libros aún inéditos —que si Dios quiere pronto verán finalmente la luz—, pues entonces fuertes problemas bloquearon de hecho la colección».

Esas dos obras del teólogo de Tubinga fueron finalmente editadas en el año 1996 y en el 2000, ambas con una amplia introducción del Prof. Rodríguez, con la colaboración de quien escribe. El atractivo por la teología de Johann Adam Möhler aparece en la biografía del Prof. Rodríguez en tiempos tempranos (*La doctrina eucarística de J.A. Möhler* 1972; *J.A. Möhler*, 1973), y permanecerá vigente en su pensamiento, hasta que se explicita de nuevo con motivo de estas ediciones de los clásicos del tubinguense («*La unidad en la Iglesia*» en la *teología de Johann Adam Möhler*, 1996). Pero todo esto era todavía un proyecto en aquellos momentos iniciales. «Déjame que subraye —seguía di-

1. Recogemos a lo largo de estas páginas algunos recuerdos y testimonios personales del homenajeado, contenidos en una entrevista concedida en la Universidad de Navarra: *Para una Teología viva en el marco de la Universidad*, en AA.VV., *Teología y Universidad. En el XXV Aniversario de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra* (1996-1992), Pamplona 1993, 43-65.

ciendo el Prof. Rodríguez— lo hermosa e interesante que se me aparece, al recordarla, toda aquella época madrileña... En aquella sazón todos —unos y otros—, éramos juventud, esperanza, proyecto. Teníamos conciencia de cambio, en todos los órdenes de cosas. El Concilio estaba en marcha y éramos conscientes del panorama y el desafío que la Iglesia tenía por delante. Aquella colección y nuestra ilusión por la Teología nos fue poniendo en relación, por su propia dinámica, con los colegas españoles y extranjeros». El primer libro de autor español que acogió la «Biblioteca» fue la tesis doctoral de Olegario González de Cardedal, entonces recién terminada; un estudio sobre la Trinidad en San Buenaventura, *Misterio trinitario y existencia humana: Estudio histórico teológico en torno a San Buenaventura*, prologado por Xabier Zubiri.

El espíritu con que se iniciaba aquella empresa teológica y editorial era construir una teología que estuviera a la altura de los desafíos epocales. Bajo este mismo impulso comenzaron también las frecuentes sesiones teológicas organizadas en la sede de la «Biblioteca», en el edificio de la editorial Rialp en Madrid, que, siendo desde el punto de vista organizativo unas simples reuniones, sin embargo, en las circunstancias del momento eclesial tuvieron una resonancia inesperada. «Entonces en Madrid apenas había encuentros entre teólogos. Me refiero a encuentros para hablar de teología, de la teología viva y actual, que era lo que a nosotros nos interesaba (...). Por eso decidimos crear un foro informal: unas tertulias mensuales —así las llamábamos—, que quizá por ese vacío tuvieron tanto éxito. En realidad, eran como seminarios de profesores: un tema vivo —¡estaba el Concilio en marcha!— un ponente y el correspondiente debate, que se prolongaba largo. Venían sobre todo, teólogos residentes en Madrid, pero las frecuentaban también otros, que viajaban *ex profeso*. Por allí desfilaban muchas personas, desde jóvenes profesores que empezaban su tarea docente, hasta personas venerables que estaban en la cumbre del oficio. Cada mes se giraba la correspondiente invitación. Después de cada sesión Pepe Casciaro hacía unas síntesis espléndidas de ponencias y debates, que se enviaban a muchos más teólogos, españoles y extranjeros, que a su vez se interesaban y escribían comentando esos boletines... A Pepe le emocionaba especialmente el interés con que seguía estas *paperas* el P. Pierre Benoît, O.P. desde *L'École Biblique* de Jerusalén».

Pronto la actividad del Consejo de Dirección de la «Biblioteca» se amplió a la celebración de tres «Simposios Teológicos». «De las

tertulias mensuales salieron los Simposios anuales de la Biblioteca de Teología, que celebrábamos cada año en junio»: el primero, en Pamplona, dedicado al estudio del método teológico (1964); en Segovia, sobre el tema de las relaciones Iglesia-mundo (1965); y, de nuevo en Segovia, el tercero con el título: La Teología, hoy (1966). En estas actividades participaron numerosos teólogos españoles, procedentes de las diversas Facultades y Seminarios de la nación. «Yo siento infinito que aquellos materiales no se recogieran y editaran. A pesar de ser una Colección de libros, la “Biblioteca de Teología”, la que promovía aquellos Simposios, la mentalidad era otra... lo que queríamos era reflexionar juntos, escucharnos unos a otros. Lo nuestro era enviar luego síntesis de ponencias y debates».

Bastantes de aquellos jóvenes teólogos, contertulios habituales de las reuniones, se desplazaron a Roma en octubre de 1966 para asistir al Congreso de Teología del Concilio Vaticano II, que fue todo un acontecimiento en aquellos tiempos inmediatamente posteriores al Concilio, momentos marcados por el deseo de profundización y asimilación en la enseñanza conciliar. «Allí estaban todos los expertos o *periti* del Concilio: Congar, Ratzinger, Rahner, de Lubac, Benoît, Philips, Colombo, Delhaye... Era el mundo teológico del Vaticano II. Yo escribí una larga crónica de aquel Congreso en “Palabra” [*El Congreso de Teología del Vaticano II*, 1966]. No sé si ahora mantendría todas mis afirmaciones. La futura evolución de las ideas, de los itinerarios personales y de los proyectos teológicos y pastorales todavía no se había decantado. En todo caso, la participación en aquel Congreso fue para nosotros importante (...) A las sesiones del Congreso asistía también José Luis Illanes, discípulo y amigo desde nuestros años de estudiantes en el Laterano. Desde entonces, siempre s en contacto cultural y teológico... Nuestra longitud de honda, la hora de valorar la vida de la Iglesia y de la Teología en aquellos momentos, era muy semejante. La colaboración y el intercambio de ideas fue desde entonces más intensa».

Este enfoque del trabajo teológico, basado en la participación, el diálogo y la colaboración de personas diversas, en suma, el trabajo en equipo, será ya una constante en el planteamiento de la labor futura del Prof. Rodríguez en la Universidad de Navarra. Nadie comienza *ex novo*; todos nos subimos a los hombros de quienes nos han precedido. En cierto sentido, esta convicción nacía de la propia experiencia de aquellos primeros años, en los que una personalidad

onda /

tendrá una influencia decisiva en la formación y orientación académica del entonces teólogo joven: se trataba del Prof. Alfredo García Suárez. «Alfredo García Suárez es una de las cabezas mejor “amuebladas” que yo he conocido en mi vida, con una vasta cultura y con una lucidez teológica fuera de lo común. Era sin duda el teólogo más profundo y brillante que había en nuestro equipo de Pamplona. Conocía perfectamente la teología de Santo Tomás, lo que le daba esa apertura (...) para las cuestiones del pensamiento moderno. Ya desde los años de Madrid consideré a Alfredo “mi maestro”, un maestro que nunca me ha dado clases, pero del que he aprendido continuamente. Con Alfredo he hablado muchas, muchas horas de mil cosas, pero sobre todo de Teología. Me acostumbré a contrastar con él mis ideas y mis proyectos. Leía y corregía mis manuscritos y me daba a leer los suyos. Era maestro y a la vez colega, con increíble respeto y estima a la opinión del otro. Dice santo Tomás que la Teología es “átoma”, indivisible, sin partes. La Moral, la Dogmática, no son “partes” de la Teología, son sólo sectores de especialización. Por eso, para Tomás de Aquino el hábito teológico es “uno”: o se tiene o no se tiene, y si se tiene, se tiene respecto de la totalidad, aunque materialmente no se sepa todo. Pues bien, eso —tan difícil— es lo que yo veía en Alfredo: el hábito teológico, el *sensus* connatural al teólogo para enfocar teológicamente —en Dios y desde Dios— cualquier tema vivo para el hombre».

He aquí el apuntarse de unos rasgos que poco a poco tomarán cuerpo hasta consolidarse en inclinaciones estables del trabajo del futuro profesor: unidad de la teología, hábito teológico, lectura de la realidad desde la fe, etc. Esta fisonomía teológica que apunta en aquellos primeros años se decantará entonces en un escrito, que aparece como *Nota preliminar* al primero de los libros publicados en la «Biblioteca» (la edición de la gran *Konfessionskunde* de K. Algermissen). Son éstas unas páginas que el Prof. Rodríguez ha considerado siempre como una clave de su tarea teológica, además de constituir un texto muy ilustrativo para comprender —en su trasfondo— toda una época de la vida de la Iglesia y de la teología. Por su vigencia posterior en la docencia e investigación del Prof. Rodríguez —y en cierto modo del trabajo de la futura Facultad de Pamplona— merece la pena detenerse en ella. «Visto desde mi experiencia —confesaba él mismo años más tarde—, el enfoque de nuestro trabajo, desde el punto de vista teológico-cultural, es el que se refleja en la “Nota preliminar” a la Biblioteca de Teología».

2. LA «NOTA PRELIMINAR»²

Está fechada el 11 de octubre de 1963, cuando aún no se había promulgado todavía ningún documento del Concilio —un dato para tener en cuenta—. Viene editada en las primeras páginas del libro mencionado, el primero, como dijimos, de la «Biblioteca». «A mí me encargaron Alfredo y Pepe hacer el primer borrador y sobre él trabajamos en el sótano [del edificio de la editorial Rialp]». Los tres colegas prepararon esta especie de «declaración de principios» programática. «Allí lo que se explica es el deseo de hacer... una teología entendida como servicio, como servicio a la misión de la Iglesia: por tanto, fiel a la Iglesia y a su Tradición, a la vez que atendida a la circunstancia histórica. No era esto, como se ve, una ideología, sino sencilla inserción en la pastoral y en las preocupaciones de la Iglesia». Es un escrito breve y repensado en todas sus expresiones, que diseña con nitidez un proyecto de trabajo teológico, y que por sí mismo cumple el objeto que nos proponemos en estas páginas: dar una idea al lector de la personalidad teológica del Prof. Rodríguez. Nos limitamos ahora a añadir de nuestra cuenta unas entradillas a cinco de sus pasajes más significativos. Se decía allí lo siguiente.

La Teología, ciencia de la fe. «No es la ciencia teológica un saber esotérico que una élite de iniciados ávidos de exquisiteces investiga al margen de las preocupaciones y afanes humanos. Tampoco es una *Wortlogik* o una ciencia de abstracciones, replegada sobre sí misma, parcela de curiosas sutilezas. La teología es, sobre todo, la ciencia de la fe, pues sólo en el misterio de la fe puede brotar y sólo tiene sentido como exigencia intrínseca de la misma fe, que, en su diálogo con la ciencia y la cultura, se encuentra necesitada de una expresión que de algún modo la “encarne”: *ratio quidem, fide illustrata, cum sedulo, pie et sobrie quaerit, aliquam Deo dante mysteriorum intelligentiam eamque fructuosissimam assequitur* (Conc. Vat. I, Sess III, Const. de fide catholica. Denz. 1796). La teología es un saber de salvación, que profundiza las causas más altas de toda realidad para acercarlas al hombre concreto que busca inquietamente ser salvado».

A la escucha de Dios y del mundo. «Por eso, como siempre que ha sido fiel a sí misma, debe hoy la teología, sabiduría de Dios, salir

2. P. RODRÍGUEZ, A. GARCÍA SUÁREZ, J.M. CASCIARO *Nota preliminar a la «Biblioteca de Teología»*, en K. ALGERMISSEN, *Iglesia Católica y Confesiones Cristianas*, Rialp, Madrid 1963, 1-10.

al encuentro de las otras ciencias, acudir al campo de batalla que ofrecen las culturas modernas y emprender con sinceridad el diálogo. A la escucha del mundo, pero, ante todo, a la escucha de Dios ha de realizar hoy —como siempre— la teología su oficio sapiencial. A la escucha del mundo. Porque, si no se da de hecho la inserción en los problemas vivos y actuales del hombre y de la sociedad, si no se perciben más que desde la lejanía sus preguntas, será difícil dar *una* respuesta. Contra su propia naturaleza, se tornaría la tarea teológica, en ese caso, un monólogo. Pero, sobre todo, ha de estar a la escucha de Dios. El teólogo fundamentado y movido por la fe, después de escuchar al mundo, debe entablar de nuevo el decisivo diálogo con Dios, que antiguamente habló por los Profetas y, en estos tiempos finales, nos habla por medio de su Hijo (cfr. Heb 1, 1). Si la teología perdiera su fidelidad a la Palabra de Dios, su respuesta al mundo no sería *la* respuesta. El diálogo existiría, pero estéril y vacío. La palabra del teólogo incurriría entonces en los anatemas que caen sobre la palabra ociosa. Sometido *científicamente* el teólogo a esa doble escucha, cumple los imperativos específicos de su tarea, que contempla a Dios como a su objeto primordial, y, desde Dios, la realidad toda en cuanto que a Dios mira».

Dios, objeto de la teología. «A partir de Dios, inmenso e inabarcable, nada es ajeno al teólogo, porque todas las cosas están penetradas, en su más íntima clausura, por el Dios Creador y Redentor. Quizá nunca se ha mostrado tan claro como en nuestros días este carácter universal del objeto teológico: lo que es y acontece ha de ser estudiado *sub lumine fidei*, pues todas las cosas —espíritu y materia— de Dios proceden y a Dios retornan: *...omnia revertuntur sicut in finem in id a quo sicut principio prodierunt* (Sto. Tomás de Aquino, *In I Sent.*, d. 14, q. 2, a. 2). El universo entero tiene, de alguna manera, vocación divina; más aún, existencial vocación cristiana, misterioso impulso por el que anhela su real inserción en el Cuerpo Místico de Jesucristo (cfr. Rom 8, 19-22; Eph 1, 10). El objeto de la teología —objeto universal— comprende las realidades más dispares: unas son inmutables y eternas; otras están sometidas al tiempo y a la libertad contingentes; unas se refieren al ámbito de la contemplación especulativa; otras al orden, no menos urgente y valioso —aunque subordinado— de la acción inmediata».

Unidad de la Teología. «En su unidad radical la ciencia teológica ofrece, sin embargo, una polifacética variedad. Ella es tal vez ocasión de que el teólogo, en el curso de su aventura científica, corra el

riesgo de desgajar del árbol de la *sacra doctrina* ramas que parezcan existir con autonomía, a veces brillante, aunque casi siempre con merma de la unidad del objeto teológico. Que los estudiosos de la *scientia fidei* cultiven parcelas concretas y especializadas del único predio es inevitable y hasta necesario. Precisamente por eso se ha de señalar con insistencia el carácter fraterno y colegial de las disciplinas teológicas. La admisión de terrenos acotados en el saber teológico es recurso de método que ha de usarse con la presencia viva del fin en primera instancia intentado: hacer desembocar la labor científica en una sabiduría —*sapientia christiana*— que trasciende los métodos y las categorías para contemplar, con sencillez orante, el misterio de Dios».

El servicio eclesial del teólogo en el Pueblo de Dios. «Nombrar la Iglesia de Cristo es señalar el ámbito en que el teólogo cumple su quehacer. Es la teología, por su misma esencia, ciencia eclesial, ciencia sacra. Quiere esto decir que la razón de ser del teólogo no es la *curiositas* que mueve a saciar el ansia personal de saber, sino un servicio consciente a la Iglesia (...). Este sentido social y público de la *sacra doctrina* delimita el estatuto del teólogo en la vida eclesial como una *diakonia*, como un servicio responsable. Y quizá sea esa responsabilidad de su oficio el fundamento de la grandeza y la servidumbre de la teología. Grandeza, no ya por la magnitud de su objeto o por la alta función que desempeña en la sociedad eclesial, sino también por el serio deber de avanzar siempre, oteando el horizonte para discernir los signos de los tiempos. La servidumbre de la teología es el contrapunto a esta grandeza: ha de avanzar, pero con rigor, sin montar hipótesis con ligera facilidad, conjugando la eternidad y la actualidad de que participa, con una medida en suma que sea como la señal externa del respeto a la Palabra de Dios. El teólogo, mientras ausculta la *locutio Dei* y la interrogación del mundo, ha de sentir, en medio de su tarea científica, como un eco de las palabras que escuchó Moisés en el Sinaí: “Descalza tus pies, porque el lugar que estás pisando es santo” (Ex 3, 5)».

Esta última consideración sobre la labor del teólogo como servicio particular al Pueblo de Dios venía luego ulteriormente desarrollada en su relación con la tradición, con el magisterio, y con la misión de la Iglesia.

Bastaría repasar algunos de los escritos del Prof. Rodríguez en los que incidentalmente se pronuncia sobre el estatuto de la Teología para comprobar la incidencia de estos presupuestos (de manera espe-

cial se ve en ese género literario tan peculiar que son los prólogos, presentaciones o introducciones, que habitualmente obligan a un autor a condensar con intencionalidad sus propias convicciones; para nuestro autor nunca fueron páginas de compromiso o mera cortesía³).

Con aquella declaración, que va mucho más allá de una rutinaria presentación editorial, se ponía así en marcha la «Biblioteca», que verá desfilar otros títulos adicionales a los ya mencionados: los de Stanislaus J. Grabowski, *La Iglesia. Introducción a la teología de San Agustín*; Paul-Marie De la Croix, *Testimonio espiritual del Evangelio de San Juan*; Ceslas Spicq, *Teología moral del Nuevo Testamento*; Hubert Jedin, *Historia del Concilio de Trento*; Joseph Mausbach y Gustav Ermecke, *Teología moral católica*, etc. Hay que mencionar también el interés con que el Prof. Rodríguez siguió la edición española de la monumental «Teología Dogmática» de Michael Schmaus en la misma editorial Rialp, que sigue prestando buenos servicios.

3. LA FACULTAD DE TEOLOGÍA. PAMPLONA

La densidad de esa «Nota» y su carácter cuasi programático sólo se entienden desde el horizonte —entonces ya vislumbrado— de la preparación de la futura Facultad de Pamplona. La idea de poner en marcha lo que llegará a ser la Facultad de Teología en el seno de la Universidad de Navarra era un proyecto del Fundador del Opus Dei que toma impulso en los años del Concilio Vaticano II, y cuya preparación se fragua con aquél equipo de personas en el ambiente madrileño ya aludido. «Yo creo —comenta el Profesor Rodríguez— que a mediados de 1966 era cosa decidida *inter nos* que en octubre de 1967 comenzaban las clases de la futura Facultad, que comenzaría como Instituto Teológico, para pasar luego a Facultad». Desde 1965 el Prof. Rodríguez participó activamente en las labores preparatorias de la institución académica: borrador de estatutos, gestiones, etc. «A la vez, íbamos pensando en el equipo de profesores. Al comenzar el curso 1966-67, Alfredo y yo entramos como profesores —llamémosles asociados— en el Seminario de Madrid... Durante el primer trimestre del 66-67 yo expliqué un curso monográfico sobre *La sacra-*

3. *Elogio del Prof. Leo Scheffczyk*, 1994; *Prólogo*, en *Eclesiología 30 años después de «Lumen Gentium»*, 1994; *Elogio del Emmo. y Revmo. Cardenal Joseph Ratzinger*, 1998; *Nota Introductoria* a A. GARCÍA SUÁREZ, *Eclesiología, catequesis, espiritualidad*, 1998.

mentalidad de la Iglesia. No pude continuarlo, pues en enero de 1967 me marché de España».

En efecto, durante el Curso 1966-67 reside, primero, en Lovaina, en cuya Universidad realiza estudios en colaboración con el Prof. G. Thils, cuya *Historia Doctrinal del Movimiento Ecuménico* se publicará en la «Biblioteca de Teología»; después, en Ginebra, estudiando la organización y el planteamiento teológico del Consejo Ecuménico de las Iglesias. La perspectiva ecuménica será desde entonces una dimensión constante en sus tareas. Destaca su participación —insólita entonces entre los teólogos españoles— en la *IV Asamblea Mundial del Consejo Ecuménico de las Iglesias*, celebrada en Uppsala (Suecia), del 1 al 25 de junio de 1968. Aquella Asamblea supuso también el encuentro del Prof. Rodríguez con el actual Card. Antonio María Javierre —entonces teólogo pionero del Ecumenismo en España—, que recientemente nos manifestaba haber seguido desde aquel momento «con gran atención su trayectoria académica a raíz de nuestro encuentro personal en curso de la IV Asamblea del Consejo de Iglesias en Uppsala. Con sumo gozo dí mi efusivo saludo de bienvenida al primer teólogo español que —fuera de nuestra Patria— vino a romper mi insoportable soledad en la aventura ecuménica de aquellos tiempos» (*Carta 17.X.2001*).

Tiempo de estudio e investigación que se complementaba con la visita y relación con Facultades y Centros teológicos en Europa, en Bélgica y Holanda, en Suiza y Alemania. «Fue ése, 1967, un año importante en mi formación teológica —continúa el prof. Rodríguez—. Yo había hecho mi doctorado en Roma, en el Laterano, sobre Marxismo y Cristianismo en la Francia de posguerra. La lectura de *Jalons* y de *Vérdaderas y falsas reformas en la Iglesia*, de Yves Congar, decidió en mis años mozos mi interés por la eclesiología y el ecumenismo. Ahora quería dedicarme a estudiar a fondo los problemas ecuménicos, o si se prefiere, de la eclesiología en perspectiva ecuménica, pero en el contexto de Centroeuropa [vid. *El ecumenismo después del Concilio Vaticano II*, 1969; *La Teología Ecuménica como disciplina especial del curriculum teológico*, 1971; *Ecumenismo*, 1972]. Me interesaba, sobre todo, conocer qué teología del laicado se hacía en los medios ecuménicos [vid. *Il laicato in prospettiva ecumenica*, 1967]. Una dimensión ésta, de la teología del laicado, que ya estaría siempre presente en mis tareas de investigación y docencia. Estuve trabajando, primero en Lovaina, con G. Thils y G. Philips y, después en Ginebra, en la Sede del Consejo Ecuménico: aquí mis principales interlo-

cutores fueron Lukas Vischer y Hans-Rudi Weber, dos teólogos protestantes muy conocidos, que pasaron a ser dos buenos amigos. Weber dictaría después un curso monográfico de Misionología en Pamplona».

El interés por el problema ecuménico aumentará en amplitud e intensidad con el paso del tiempo, y se plasmará en publicaciones de permanente vigencia (*Iglesia y Ecumenismo*, 1979). En este campo, nuestro autor se muestra a veces atento observador de los desarrollos del diálogo ecuménico (*Tres observaciones al Documento católico/reformado*, 1979; *La Iglesia, «creatura evangelii»*, 1996; *Primer acuerdo entre católicos y luteranos*, 1999). Otras veces, aborda las cuestiones candentes en el diálogo teológico entre las confesiones cristianas (*La Eucaristía y la unidad de la Iglesia*, 1975 y 1976; *Kirche und Kirchen*, 1982, 1983; *La naturaleza de la autoridad del Papa según el acuerdo de Venecia*, 1977; *Eclesiología y doctrina de la justificación*, 1999; *Fe y sacramentos en el diálogo católico-ortodoxo*, 2000). En la década de los años noventa y en tiempos más recientes la Ortodoxia ocupará un protagonismo especial (*El diálogo teológico de la Iglesia Católica con las Iglesias Ortodoxas*, 1991 y 2000; *Trinità, Chiesa, Eucaristia*, 1999). La frecuente participación en encuentros ecuménicos centroeuropeos no le impide, por lo demás, un seguimiento cercano del ecumenismo local, como Consultor de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales (*Situación actual de la colaboración ecuménica e interconfesional en España*, 1990).

En agosto de 1967, el Prof. Rodríguez se incorpora definitivamente a la Universidad de Navarra, donde comienza la docencia de la Teología Dogmática, primero en el inicial Instituto Teológico y, después, en la ya constituida Facultad de Teología. Él y sus colegas de Claustro acometerán las múltiples tareas que supone la puesta en marcha y consolidación de una institución académica tan compleja como es una Facultad: Estatutos, Planes de Estudios, formación y desarrollo del profesorado y la investigación, etc. «El cuadro de profesores era muy variado. Había, sí, un espíritu, un estilo, una fraternidad, una búsqueda en común, consciente de la variedad legítima dentro de la unidad *indiscussa* de la fe. Nosotros éramos gentes que habíamos estudiado en los Centros teológicos la teología tradicional de la Iglesia y estábamos connaturalmente abiertos al desarrollo doctrinal y a las nuevas ideas. El Concilio Vaticano II lo habíamos vivido y percibido como el gran acontecimiento eclesiológico de nuestro siglo... Lo que nosotros queríamos hacer era una Facultad de Teolo-

gía que respondiera a la *mente* del Concilio Vaticano II. Que recibiera y transmitiera el patrimonio tradicional en el marco hermenéutico del Concilio Vaticano II». En esta perspectiva hay que leer su comprensión de la labor del teólogo en la Iglesia (*The Theologian as Disciple*, 1972; *Theologie und Christuskirche*, 1981).

Esta presencia del Concilio Vaticano II será una constante en la sensibilidad intelectual del Prof. Rodríguez, y constituye la fuente de inspiración eclesiológica que ocupará la parte del león en su investigación, como veremos. En los años del Concilio, en Madrid, sigue las tareas conciliares con atención, y capta especialmente el sentido programático que Pablo VI plantea en su Encíclica *Ecclesiam suam*, considerando con intuición certera que este programa tenía como columna vertebral el diálogo *ad intra* y *ad extra* en la Iglesia (*Renovación en la Iglesia. Comentarios a la «Ecclesiam Suam»*, 1964). Son años éstos en que se ocupa de divulgar las orientaciones del Concilio en orden a una modernización del catolicismo postconciliar (*Das Konzil als Chance zur Ausbildung eines modernen Katholizismus in Spanien*, 1966; *Postconcilio en España*, 1967; *Un bilancio del Vaticano II*, 1976; *Vaticano II: Eleven years later*, 1977; *Los dos ejes del Concilio Vaticano II*, 1976, 1977).

En ese contexto de divulgación de la recién aprobada enseñanza conciliar se sitúa —junto con otras que han aparecido pocos años antes en España— la revista «Palabra» que D. Pedro dirigió desde septiembre de 1965 —última etapa conciliar— con una clara orientación a la renovación del clero. Revisando ahora aquellos primeros números aparecidos recién concluido el Concilio se advierte la preocupación teológica que impregna todas sus páginas, de manera que la tarea renovadora no se redujera a un superficial cambio exterior, sino que estuviera asentada en la profundización teológica llevada a cabo por la Iglesia universal reunida en Concilio. Basta referirse, como botón de muestra, especialmente a los editoriales salidos de su pluma y a los números monográficos de la revista dedicados, por ej., a la figura del presbítero, su formación, su relación con el obispos, etc. a la luz del Concilio Vaticano II. También aparecen muchos otros temas y jóvenes firmas de teólogos y canonistas españoles que luego serán nombres consolidados. El entonces director de «Palabra» se hace eco también de la teología fuera de nuestras fronteras, publicando colaboraciones —entre otros— de K. Rahner, J. Ratzinger, G. Thils, J. Hamer, B. Häring, E. Schillebeeckx, Ch. Duquoc (estamos aún en 1965, antes de que las diversas trayectorias personales se de-

cantaran), Y. Congar, G. Cottier, C. Tresmontant, Mons. Charue o del Card. König. Sigue de cerca los avatares del inmediato posconcilio en nuestras tierras y fuera de ellas. En agosto de 1968 dejará oficialmente la dirección de la revista.

Siguiendo con revistas, pero ahora en el campo de la investigación teológica, hay que aludir a la puesta en marcha, junto con los demás Profesores de la Facultad recién nacida, de la revista *Scripta Theologica* que dirigirá el Prof. Rodríguez durante 13 años. Sobre la Revista, él mismo recuerda: «El proyecto de publicar una revista lo teníamos pensado ya desde Madrid, y, además, hasta habíamos decidido que se llamaría “Scripta Theologica”. La idea de Alfredo García, que a mí me daba terror y me sonaba como una amenaza, era que “Scripta Theologica” debía empezar con el inicio del Instituto Teológico... El volumen primero es del primer semestre de 1969 (...). “Scripta” nació con una fuerza notable, en ese clima de gran esperanza al que he aludido. Era casi lo único que teníamos en la Facultad con repercusión exterior». En la actualidad, la Revista cuenta con 35 volúmenes, que han acogido en sus páginas, además de las investigaciones de los Profesores de la Facultad, otras firmas como las de E. Gilson, J. Hamer, H. Schlier, R. Aubert, Ph. Delhaye, A. Feuillet, U. Horst, R. Laurentin, J. Ratzinger, J.M. Rovira Bellosó, L. Scheffczyk, Ch. Schönborn, A. Ziegenaus, B. Forte, J. Corbon, G. Colombo, J.M. Garrigues, L. Elders, y tantos otros, muchos de los cuales participan en este libro.

El momento en que se ponía en marcha una Facultad de Teología no era el más propicio para el fluir de su desarrollo, como mostraron los acontecimientos posteriores. La orientación teológica que se proponía, en la línea de lo expresado años antes por la «Nota preliminar», «tenía que ser actual, atenta a los problemas y a los debates intelectuales, y a la vez —si quería ser buena teología, una teología eclesial— había de ser fiel al Magisterio. Y todo ello en medio de aquella situación posconciliar, en la que crecía la confusión, que se acrecentaría —añade el Prof. Rodríguez— en los años siguientes, produciendo dolorosas divisiones, infidelidades y defecciones». En efecto, «era el momento menos oportuno para que una Facultad comenzara una cómoda andadura: en la Iglesia las calles estaban levantadas y era muy conflictivo caminar. Pienso que, en resumidas cuentas, lo que había era una gran batalla, y no sólo intelectual, por la interpretación del Concilio. Sustancialmente —aunque los matices cambien y los contextos— la misma que se ha venido prolongando

en estas décadas últimas: una lucha entre una interpretación secularizante y horizontalista y otra minimalista y conservadora. Abrirse paso entre ellas era y es muy costoso. Pero entonces, recién terminado el Concilio y cuando se estaban dando los primeros pasos para su aplicación, la cosa tendía a agravarse y a hacerse cada vez más dura. Hoy, aunque haya, en cierto sentido, mucho más ruido, hay una experiencia posconciliar muy seria, que se ha ido decantando en los Sínodos de los Obispos y orienta a quien quiere ser orientado. Nosotros teníamos, gracias a Dios, muy claro que la Teología que hacía falta en la Iglesia, no era una teología manualística, inmovilista y rígida —llamémosle entre comillas *preconciliar*—, sino una teología inspirada en el Vaticano II, pero siguiendo una interpretación fiel al Concilio mismo y a las directrices que para su lectura iba dando el Papa Pablo VI». Algunas de esas circunstancias aludidas fueron explicadas más detenidamente por el Prof. Rodríguez (*Ecclesiam Suam y Gaudium et spes, a los 20 años de su publicación*, 1984).

Una Facultad de Teología inserta en el seno de una Universidad. A los estudiosos de fuera de España que visitaban el proyecto en marcha les interesaba el fenómeno de una Facultad de Teología que surgía en el seno de una Universidad de estudios civiles. Era algo, sin embargo, muy propio de la gran tradición académica española, extinguida en el s. XIX. Uno de los deseos acariciados por el Prof. Rodríguez y sus colegas de oficio era, precisamente, el fomento del diálogo provocado por la convivencia con el profesorado de las diversas Facultades. «En el Campus surgía de la manera más natural el trato científico con otros colegas: filósofos, juristas, historiadores, filólogos, periodistas. Sus cuestiones se hacían teológicas para nosotros y la interdisciplinariedad brotaba sola. Esta experiencia confirmó lo que en principio ya sabíamos: que había que hacer una Facultad de Teología que respondiera a un pensamiento vivo y vigente, fecundado por lo que lleva consigo el espíritu del Opus Dei. La Const. past. *Gaudium et Spes*, claro está, era para nosotros un punto de referencia constante en nuestro quehacer y en nuestros diálogos. Aquello era una Facultad de Teología en el seno de una Universidad civil. Había que dar razón de la secularidad del hombre cristiano, con una teología del mundo». Lo que esto implicaba lo ha referido en su escrito *La Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y el Diálogo Fe-Cultura*, 1996. De una manera natural surgía la necesidad de dar razón cristiana en ese diálogo fe y cultura de las grandes inquietudes del hombre, lo que, en un marco universitario, adquiere peculiar forma-

lidad, asunto que ocupó siempre la atención del Prof. Rodríguez, desde los primeros años hasta la actualidad, con mayor urgencia si cabe en el clima de secularización galopante en España (*Acerca del estilo universitario*, 1969; *Naturaleza, Cultura y Universidad. Consideraciones acerca de la responsabilidad de los cristianos en la vida universitaria*, 1996 y 2001; *Sul ruolo della cultura e dell'università nella società odierna*, 1997). Fruto de este diálogo será también su colaboración asidua con el «Instituto de Ciencias de la Educación» de la Universidad, especialmente en los programas sobre formación universitaria y pedagogía de la fe. También imparte durante varios años el curso ordinario de «Cristianismo y Cultura» en la Facultad de Ciencias de la Información, donde se ocupará además de la atención pastoral de los futuros profesionales de los medios de comunicación social. Este contacto con el mundo universitario y cultural precipitará en escritos de alta divulgación, impregnados de un claro discernimiento de la cultura a la luz de la fe (*Fe y vida de Fe*, 1974; *Actitudes humanas ante Cristo*, 1989, etc.).

Formará parte también del Consejo de Redacción de *Persona y Derecho*, publicación del Departamento de Filosofía del Derecho de la Universidad de Navarra, dedicada a la fundamentación doctrinal de las instituciones jurídicas, en cuyo Consejo se ocupa de la incidencia de la Teología en las cuestiones interdisciplinares que aborda la revista. Y también desde su creación es miembro del Comité de Dirección de la colección de libros «Temas de Nuestro Tiempo» (Eunsa), cuidando de la inspiración teológica de los variados temas culturales que estos libros desarrollan. En el curso de estas tareas emergían cuestiones relacionadas con los interrogantes éticos de la época (*Il coraggio di essere normale*, 1972 y 1977; *¿Qué es hoy una persona normal? Interpretación sociológica e interpretación ética*, 1980). El Prof. Rodríguez acomete los temas, consciente de su trascendencia pastoral, de su incidencia cristiana y humana en el desarrollo de la persona (*Sobre el amor y la correspondencia al amor. Punto de vista teológico*, 1972; *Matrimonio y familia: cuestiones pastorales*, 1980, con trad. alemana, italiana y portuguesa; *Die Person in Anspruch sittlicher Normen*, 1981; *Norma, verdad y fe cristiana*, 1995; *Persona y vocación*, 1976, trad. en varias lenguas; *El sentido definitivo e irrevocable de la vocación cristiana y de las vocaciones al sacerdocio y al matrimonio*, 1980). No estarán ausentes tampoco de su atención otros temas vivos, como el anuncio cristiano en el mundo actual (*La evangelización en el plan salvífico de Dios*, 1975; *Un documento sobre la evangelización*, 1976; *Evangeliza-*

ción y salvación, 1974) 25-42; *Paolo VI e l'evangelizzazione*, 1976; *Teología de la Paz*, 1964).

Esta preocupación, doliente y esperanzada a la vez, por la vigencia de la respuesta cristiana en la trayectoria de la humanidad se precipita y condensa, de algún modo, con motivo de su participación como perito en la Segunda Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos en 1999, que le provoca una reflexión urgente sobre el futuro cristiano en el mundo occidental (*Los cristianos y la construcción de Europa*, 1998; *Chiesa e Cristiani: per quale Europa?*, 1998; *Un Sinodo per rievangelizzare l'Europa. Il parere di un esperto*, 1999; *Iglesias particulares y Conferencias episcopales en la nueva Europa del III milenio*, 1999).

4. LA INVESTIGACIÓN

Como es natural, no es posible —tampoco es mi intención— dar cuenta aquí de la fecunda investigación del Prof. Rodríguez, contenida en más de una decena de libros (traducidos en varios casos a diversas lenguas), en varios centenares de escritos en revistas especializadas (además de recensiones y reseñas bibliográficas), en la dirección de publicaciones o en la preparación de varios Simposios Teológicos, cuyas Actas han sido atentamente seguidas principalmente en la eclesiología moderna. Basta repasar las páginas de la bibliografía del Prof. Rodríguez para hacerse una idea de todo ello. Simplemente deseamos ofrecer unas pinceladas de un trabajo que con el tiempo desplegará toda su virtualidad, especialmente en el campo de la eclesiología y de la espiritualidad.

«Formado en la tradición teológica clásica pero siempre abierto a nuevos horizontes, ha explorado creativamente las variadas dimensiones de la Iglesia de Cristo... La comunidad teológica internacional ha reconocido también sus importantes contribuciones a la eclesiología». Así describe el prof. Granfield —en su contribución a este libro— la personalidad teológica del Prof. Rodríguez. Él mismo ha referido sus primeros pasos en la tarea investigadora: «Cuando comenzamos a trabajar en el año 1967, lo primero que nos propusimos los Profesores fue estudiar a fondo e investigar. Eramos muy jóvenes». Pronto, el complejo universo de circunstancias difíciles y derrumbamientos que se estaban produciendo «me llevó a profundizar e intensificar la lectura de los Padres y, especialmente, el estudio de

Santo Tomás. Es la época en que promuevo unas cuantas tesis sobre la eclesiología del Doctor Común, con especial atención a sus comentarios a las Epístolas paulinas. Una riqueza extraordinaria... La Eclesiología que yo explico debe mucho a Tomás de Aquino, leído desde la óptica del Concilio Vaticano II, que continuaba estudiando a fondo. Sin embargo, teólogos y estudiantes que tenían una formación neoescolástica de tipo sólo genéricamente tomista, encontraban una notable dificultad para entender las perspectivas del Concilio: no me refiero a una inteligencia meramente material de sus Decretos y de su magisterio, sino al movimiento teológico que genera el Vaticano II. Por eso, junto a la investigación sobre Santo Tomás de Aquino, puse en marcha otra serie de tesis doctorales para “explotar” las Actas del Concilio Vaticano II. Se trataba de estudiar conjuntamente la Eclesiología en su tradición histórica y en el nuevo horizonte conciliar».

Su dedicación a la eclesiología se remontaba a la redacción de la voz *Iglesia. Consideración teológico-dogmática*, en colaboración con G. Philips y otros, de la «Gran Enciclopedia Rialp», en 1973. Fruto de esta investigación serán posteriormente sus publicaciones y los trabajos del Departamento de Eclesiología de la Universidad de Navarra, actualmente integrado en el Departamento de Teología Dogmática. La idea que los ha presidido ha sido no sólo la búsqueda de la correspondiente aportación científica, sino la sólida formación teológica de los «doctorandos», enfrentados con momentos capitales de la gran tradición eclesiológica. A lo largo de estos años de docencia en la Universidad de Navarra, el Prof. Rodríguez ha dirigido diversos seminarios y líneas de investigación, algunos de los cuales han permanecido durante varios cursos académicos. Cabe destacar tres de ellos: la eclesiología del Concilio Vaticano II, la eclesiología del Catecismo Romano, la eclesiología de Santo Tomás de Aquino, que permitían a los alumnos captar tres momentos capitales de la reflexión eclesiológica. De todo ello dan fe las numerosas tesis doctorales realizadas bajo su dirección.

A partir de ese patrimonio teológico, enriquecido con las aportaciones posconciliares, la investigación y las numerosas publicaciones eclesiológicas del Prof. Rodríguez han recorrido las grandes cuestiones de la eclesiología, desde la metodología a la definición de Iglesia (*Theological Method for Ecclesiology*, 2000; *En torno a la «definición» esencial de la Iglesia*, 200.), y la naturaleza de la Iglesia como comunión y sacramento (*La Iglesia como «communio»* 1991; *La salvación en la vida de la Iglesia*, 1984), pasando por los epígrafes clási-

cos del origen y fundamento de la Iglesia en Cristo y en el Espíritu Santo, con aportaciones sugerentes (*El Pueblo de Dios. Bases para su consideración cristológica y pneumatológica*, 1994). Como es natural, no están ausentes otros temas habituales del tratado eclesiológico, remozados a la luz del Concilio Vaticano II (*Ordenación e incorporación a la Iglesia* 1972; *La indefectibilidad de la Iglesia*, 1978; *Infallibilis? La respuesta de Santo Tomás*, 1975). En sus escritos encontramos tratado el ministerio episcopal (*Sobre la función profética de los Obispos*, 1971 y 1972; *Das Amt des Bischofs*, 1972; *Sobre un punto de la «Nota praevia»*, 1989), y una reflexión particular sobre el primado papal (*El Primado del Papa en la Iglesia*, 1980, con trad. en varios idiomas; *Natura e fini del primato del Papa: il Vaticano I alla luce del Vaticano II*, 2002).

De manera especial hay que referirse a sus estudios —que se remontan a los años iniciales de su reflexión (*Ministerio y comunidad*, 1970; *El sentido de la Primera Carta a los Corintios sobre el ministerio eclesiástico: la interpretación de Santo Tomás*, 1981)— sobre el sacerdocio común y ministerial, con aportaciones y sistematización originales: léase en este sentido su escrito *Sacerdocio ministerial y sacerdocio común de los fieles en la estructura de la Iglesia*, 1987.

El Prof. Rodríguez también ha dedicado una reflexión original a la «estructura fundamental» de la Iglesia (*El concepto de estructura fundamental de la Iglesia*, 1985), con ideas que le sirven de punto de partida para situar adecuadamente otras cuestiones puntuales, como, por ejemplo, la dimensión carismática (*Carisma e institución en la Iglesia*, 1966) y su significado «estructural» para la Iglesia en su peregrinar histórico. Una síntesis importante de este aspecto se encuentra, nos parece, en su escrito *La identidad teológica del laico*, 1987, en el que piensa la teología del laicado en el seno de una eclesiología total, según una convicción reiteradamente expuesta por nuestro autor.

Un aspecto, a veces descuidado por la reflexión eclesiológica contemporánea, es el análisis teológico de la institucionalidad eclesial, originaria y derivada, que se plasma siempre en una regulación jurídica. La atención del Prof. Rodríguez por cuestiones fronterizas entre Derecho Canónico y Eclesiología es bien patente en su bibliografía (*El nuevo Código de Derecho Canónico en perspectiva teológica*, 1983; *Opus Dei. Charism and Law*, 1983). Concretamente, la dimensión universal y particular de la Iglesia ha sido objeto de una reflexión monográfica que nos atrevemos a calificar de indispensable en la eclesiología actual (*Dimensión universal de la sacramentalidad de*

la Iglesia, 1982; *Iglesia local e Iglesia universal; The Church: Local and Universal*, 1985; *La comunión dentro de la Iglesia local*, 1989). Quienes hayan seguido el tema teológico de la relación entre Iglesia universal e Iglesias locales habrán advertido, por lo demás, la amplia acogida de algunos de sus pensamientos característicos (*Ecclesiologia. La comunione nella Chiesa*, 1992). También aquí, como en otros momentos de su trayectoria, las circunstancias biográficas del Prof. Rodríguez han jugado su papel, invitándole a indagar sobre estos temas a partir de preocupaciones bien concretas (*Iglesias particulares y prelaturas personales. Consideraciones teológicas a propósito de una nueva institución canónica*, 1986, trad. inglés, alemán, italiano y portugués). En este mismo contexto se mueve una magistral síntesis, de lo que podríamos llamar una eclesiología estructural, publicada en el volumen *El Opus Dei en la Iglesia*, 1993 (con varias ediciones y traducciones en cinco idiomas). Este enorme esfuerzo de comprensión de la institucionalidad en la Iglesia no encuentra fácil paralelo en la actualidad.

Como prolongación de su investigación eclesiológica encontramos las grandes cuestiones sacramentarias (*Fe y sacramentos*, 1983; *El sentido de los sacramentos según el Catecismo Romano*, 1977), además de los sacramentos en particular (*El sacramento de la confirmación y la misión de la Iglesia*, 1966; *El sacramento de la Penitencia*, 1966; *La Eucaristía y la unidad de la Iglesia*, 1975).

Íntimamente unida a su «mirada reflexiva sobre el misterio de la Iglesia» —como le gusta definir a la Eclesiología— sobreviene también su interés por la espiritualidad. En ello influye, de nuevo, su biografía. Sacerdote incardinado en la Prelatura personal del Opus Dei, con una fuerte vivencia histórica de su desarrollo institucional, pastoral y espiritual, el Prof. Rodríguez nunca ha dejado de pensar teológicamente su vida y ministerio en el seno de la Obra fundada por San Josemaría Escrivá, recientemente canonizado por el papa Juan Pablo II. Este interés aparece desde sus primeros escritos, cuando en 1965 publica «Camino» y *la espiritualidad del Opus Dei*, uno de los primeros estudios dedicados a este clásico contemporáneo de espiritualidad y traducido a varias lenguas. Las numerosas publicaciones realizadas o promovidas por el Prof. Rodríguez en torno a la personalidad y mensaje del nuevo santo le cualifican verdaderamente como experto en la materia (*La economía de la salvación y la secularidad cristiana*, 1977; *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, 1978; *Vivir santamente la vida ordinaria*, 1992; *Omnia traham*

ad meipsum. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá, 1991, 1992; «Camino», de Josemaría Escrivá: *génesis, historia, mensaje*, 2002).

Como prolongación este vivo interés existencial de nuestro autor se sitúan sus publicaciones sobre la espiritualidad cristiana del trabajo, tema que le acompañará a lo largo de los años (*Sobre la espiritualidad del trabajo*, 1971, 1983; *Riflessione sul lavoro e sulla professionalità* 1989), así como su reflexión sobre la secularidad cristiana vivida en medio del mundo (*El mundo como tarea moral*, 1981). Una importante recopilación de estos escritos se encuentra en su libro *Vocación, trabajo, contemplación*, 1986, punto de indispensable referencia —pensamos— para la reflexión moderna sobre esas cuestiones. Estos escritos, que cabría clasificar bajo el epígrafe de «espiritualidad», pertenecen, sin embargo, al ámbito dogmático, puesto que el Prof. Rodríguez siempre ha entendido la espiritualidad no tanto como una parcela separada de la reflexión dogmática, sino su precipitado necesario; dicho de otro modo: como la dimensión espiritual de la Teología. Más precisamente, la espiritualidad surge de la consideración *in Ecclesia* de la existencia cristiana, en las formas de reverberar el misterio inagotable de Cristo en la historia (*Sobre la condición de discípulo y su significado para la cristología*, 1969 y 1970; *Jésus-Christ*, 1968) y los modos concretos de participar en la misión común de la Iglesia. Es ésta una convicción antigua y presente del Prof. Rodríguez (*Eclesiología y espiritualidad* 1965; *La dirección espiritual: fundamentos antropológicos y teológicos*, 1997). En esta perspectiva se sitúan sus escritos en torno a la condición de los cristianos (*Vocación cristiana. Punto de vista de la teología dogmática*, 1971, 1975), al apostolado (*Contribución a una teología del apostolado organizado*, 1967), a los problemas de la existencia y misión de la Iglesia en el mundo, que vienen iluminados desde las raíces originarias de la fe (*La primacía de la esperanza en la vida del cristiano*, 1971; *Il bene morale «per la vita del mondo»*, 2002; *Spontaneité et caractère légale de la Loi nouvelle*, 1987). Este entrelazamiento con la dogmática reaparece en el ámbito de la vida pastoral de la Iglesia. La Teología pastoral es, en el pensamiento del Prof. Rodríguez, un discernimiento de la misión desde los fundamentos teológicos de la Iglesia y la condición cristiana en el tiempo: mundo, historia y fe se relacionan en saludable interacción (*El Curso de Teología Pastoral*, 1964; *Dogma cristológico y predicación*, 1973 y 1977; *Pastori e laici: distinzione dei ruoli nella Dottrina sociale della Chiesa*, 1996).

No podemos terminar sin aludir una obra singular de resonancia mundial, dentro de la tarea investigadora del Prof. Rodríguez: la edición crítica en 1989 del *Catechismus Romanus seu Catechismus ex decreto Concilii Tridentini ad Parochos...*, que durante cuatro años un equipo de investigadores preparó bajo su dirección. La investigación del Prof. Rodríguez sobre el Catecismo Romano se remonta años atrás, en estrecha colaboración con el Prof. Raúl Lanzetti (vid. *El Catecismo Romano: fuentes e historia del texto y de la redacción. Bases críticas para el estudio teológico del Catecismo del Concilio de Trento*, 1982; *Attualità del Catecismo Romano*, 1983; *Un collaborateur inconnu du «Cathéchisme Romain»: Mgr. Mariano Vittori*, 1983; *La Cuestión histórico-doctrinal del Catecismo Romano*, 1985). La edición se hizo posible gracias al providencial descubrimiento de los manuscritos originales del Catecismo Romano —buscados desde siglos—, que fueron localizados e identificados por el Prof. Rodríguez en la Biblioteca Vaticana, 26 de abril de 1985, Cod. Vat. Lat. 4994 (vid. *El Manuscrito original del Catecismo Romano. Descripción del material y los trabajos al servicio de la edición crítica del Catecismo del Concilio de Trento*, 1985). Como es natural, no podemos aquí glosar ni siquiera brevemente el alcance de esta trabajo. El Cardenal Joseph Ratzinger aludía a esta investigación en el Discurso académico que pronunció con motivo de su Investidura como Doctor «honoris causa» por la Facultad de Teología el 31 de enero de 1998. En alusión a las palabras previas del Profesor Rodríguez, encargado del tradicional «Elogio» del nuevo Doctor, el Cardenal decía: «Usted, Profesor Rodríguez, con el descubrimiento y edición crítica del manuscrito original del Catecismo Romano, ha prestado a la teología un servicio que trasciende unas concretas circunstancias históricas y que ha revestido también una gran importancia para mis trabajos durante la preparación del Catecismo de la Iglesia Católica. Forma Usted parte de una Facultad que, en el tiempo relativamente breve de su existencia, ha conseguido ocupar un puesto relevante en el diálogo teológico mundial. Significa, por tanto, para mí un honor y una alegría ser recibido a través de este Doctorado en el Claustro de esta Facultad, con la que estoy unido desde hace ya bastantes años con lazos de amistad personal y de diálogo científico»⁴.

El acervo documental movilizado en esta investigación provocará otra línea de investigación del Prof. Rodríguez sobre los contex-

4. En «Scripta Theologica» 2 (1998) 387. Vid. J. RATZINGER, *Weggemeinschaft des Glaubens. Kirche als Communio*, Augsburg 2002, 26.

tos eclesiales, políticos y culturales de la teología del siglo XVI (*Don Francés de Alava y Beamonte. Correspondencia inédita de Felipe II con su Embajador en París (1564-1570)*, 1991; *La Corte de Carlos IX de Francia. Los «Advertimientos» de D. Francés de Álava, embajador de Felipe II*, 1998; *La influencia de Domingo de Soto en el Catecismo Romano*, 1996; *El Catecismo Romano ante Felipe II y la Inquisición española. Los problemas de la introducción en España del Catecismo del Concilio de Trento*, 1998). No faltó tampoco alguna incursión en figuras particulares o historias más locales (*La familia de Catalina de Cristo: datos históricos*, 1993; ed. crítica de Leonor de la Misericordia, *Relación de la vida de la venerable Catalina de Cristo*, 1995; *Origen del «colegio» de las Beatas Dominicas de Pamplona*, 1996; *La sede del primitivo convento de las Carmelitas Descalzas en Pamplona*, 1995). Otros temas históricos han atraído el interés del Prof. Rodríguez, como muestra competentemente el profesor J.I. Saranyana en este mismo libro. Por otra parte, y casi como prolongación natural de esta investigación, el profundo conocimiento del género catequético sirvió al Prof. Rodríguez para ofrecer los comentarios oportunos con motivo de la aparición del Catecismo de la Iglesia Católica, que en cierto modo se sitúa en la línea abierta por el Catecismo Romano de un texto autorizado para la formación cristiana en la Iglesia universal (*Sobre la palabra «Catechismus» en el título del nuevo catecismo*, 1993 y 1994; *El Catecismo de la Iglesia Católica: interpretación histórico-teológica*, 1994 y 1996; *I due Catechismi* 1994).

La pericia del prof. Rodríguez en materia de ediciones críticas se ha prolongado recientemente con la edición crítico-histórica del célebre libro *Camino*, 2002, con el que se inaugura la publicación de las Obras Completas que lleva a cabo el «Instituto Histórico Josemaría Escrivá». El profesor Pedro Rodríguez ha llevado a cabo una tarea impresionante, como puede verse en este volumen, de 1.250 páginas de gran formato, dedicadas a una obra que marca un hito en la ascética y la espiritualidad del siglo XX. Un laborioso empeño de investigación, de análisis pormenorizado y de redacción han dado como fruto una larga introducción y los exhaustivos comentarios dedicados a establecer el texto y las claves de gestación de cada una de las 999 consideraciones, las fuentes, los contextos, las circunstancias históricas y el proceso de elaboración.

A lo largo de sus años de docencia académica, el Prof. Rodríguez ha sido invitado a dar numerosas conferencias en muy diversas instituciones, civiles y eclesiásticas, universitarias, nacionales o extran-

jetas, y ha participado en numerosos Congresos y Reuniones teológicas. Como es natural, resulta imposible dejar constancia en estas páginas de esta aportación capilar, extensa e intensa, en numerosos espacios teológicos, pastorales y culturales.

* * *

Llega el momento de poner término a esta breve descripción de la trayectoria docente e investigadora del Prof. Rodríguez. Quien esto firma se ha sentido obligado, por el uso académico, a la palabra circunspecta. Comprenderá bien el lector que resulta imposible transmitir en unas simples frases y datos la huella dejada por el Prof. Rodríguez en sus estudiantes, discípulos y colegas de la Facultad de Pamplona, y en sus numerosos amigos repartidos por el mundo, que son testigos de su humanidad cálida, de su constante afecto y celo sacerdotal. El lector comprenderá sobre todo que sienta una particular emoción al terminar estas páginas: son muchas las horas en que el Prof. Rodríguez y yo hemos trabajado juntos; él fue el Director de mi Tesis Doctoral; él es, más que maestro, un amigo.

Como coordinador de este libro, con el que la Facultad de Teología rinde homenaje al Prof. Rodríguez con motivo de su setenta cumpleaños, no puedo dejar de testimoniar la sorprendente rapidez de la aceptación de todos los colaboradores y el esmero de su aportación a este libro que ahora ve la luz. Es un signo inequívoco, y a la vez conmovedor, de los sentimientos de amistad que despierta el Prof. Pedro Rodríguez. Sé que el Prof. Patrick Granfield permitirá que tome prestadas para terminar las palabras con que comienza su colaboración: «Over the years, his students at the University of Navarra have benefited from his teaching, his skills as a dissertation director, and his administrative gifts. The international theological community has also acknowledged his significant contributions to ecclesiology. He is most deserving of this volume in his honor. Vivat-Crescat-Floreat».

Tiene sentido echar la mirada hacia atrás para volver al presente con un profundo agradecimiento a Dios, Señor y Dador de toda gracia, que nos ha regalado abundantemente con el don de su persona y magisterio.

José R. Villar

Pamplona, 11 de junio del 2003